



«Follow me», de Carol Reed.

LOS VEINTE AÑOS DE LA SOLERA

EL FESTIVAL DE CINE DE SAN SEBASTIAN

«Sueño, sí. Y veo las realidades. Veinte años dan una solera, una solidez. A este festival no hay quien lo desplante».

La frase es del director del Festival de Cine de San Sebastián, publicada en «El Diario Vasco» el 9 de julio. Y la reproduzco porque pienso que él debe conocer bastante bien las posibilidades de renovación, cambio o total desaparición de su festival. Y cuando él dice que no hay quien lo desplante, seguramente tiene razón.

La cuestión está en saber si hay alguien que esté dispuesto a

«desplantar» el festival con su solera de veinte años ya. En averiguar si entre la multitud de invitados, enviados y curiosos que nos hemos aburrido a lo larguísimo y anchísimo de diez días memorables hay quien piensa molestarse en desplantar y desplantar. Más bien me atrevo a creer, refugiándome en los comentarios oídos a diestra y siniestra durante esa decena de días, que no hay nadie que piense que el Festival de San Sebastián, a juzgar por esta veintava convocatoria, tenga alguna posibilidad de cambio. De un lado, se

oía a los vinculados directa o indirectamente con la manifestación que la razón por la que este año todo era tan espantoso, tan falto de interés, tan poco relacionado con lo que realmente pasa en el cine del mundo, se debía a la gran crisis que atraviesa el cine, a la gran crisis de los festivales del Universo entero, y que ya que todo está tan mal, el hecho de que San Sebastián también lo esté no es más que una prueba de su puesta al día, de su apabullante vinculación con la realidad. De otro lado, la casi totalidad de los asistentes pen-

saba en la censura (el propio Miguel de Echarri declaraba que la mayor parte de las películas extranjeras no se podían exhibir en España porque «no eran idóneas para contrastarlas con las costumbres habituales del pueblo español»), en la falta de imaginación de los organizadores y en sus muchos compromisos. Y al pensar esto, los que así lo hacían, dejaban entrever un tono de profundo cansancio producido por la ya excesiva solera del festival.

Solera que —hay que insistir en ello— se ha convertido en películas malas, en falta de actores, di-

rectores, y demás, en escasa y mala información, en miles de horas libres... Los críticos de Radio Popular, en un alarde de energía, decidieron, el último día del festival, otorgar el premio más difícil de cuantos pensarse puedan. El de la Concha de Plomo a la peor película exhibida. Y hay que reconocer que los que votamos el premio tuvimos que pensarlo largo y tendido. A pesar de no tener compromiso alguno contraído con nadie. Que lo nuestro, en definitiva, fue bastante más complicado que lo que decidió el jurado oficial por cuanto ellos sólo tenían que considerar las películas interesantes.

Pero, a pesar de tenerlo servido en bandeja, ni siquiera así acertaron...

LOS PREMIOS

Si el actor Topol se desplaza (por las razones que sean) hasta San Sebastián, es lógico esperar que le den un premio de interpretación. Si el año pasado la Concha de Oro se otorgó a una película francesa y el anterior a una italiana, es lógico pensar también que este año debe corresponder a una americana. Si en el jurado hay un italiano y una francesa, es absurdo creer que no van a ser premiadas películas de sus respectivas nacionalidades. Si Sam Peckinpah el año pasado se emborrachaba mucho durante el festival, y este año no ha ido a presentar su película ni ha aparecido ningún actor de la misma, también es lógico comprender que no va a tener premio alguno...

Estas eran las cosas que se decían bastante antes de que el Palmarés fuera anunciado. Y, casualmente, las películas previstas han sido las destacadas en los premios.

Estos se van a ver íntegramente en las pantallas españolas, y habrá entonces una oportunidad mejor para comentarlos ampliamente. Ahora, una breve reseña es suficiente.

"The glass house", de Tom Gries, ha sido la gran premiada. Concha de Oro y numerosos premios no oficiales han recaído sobre ella. Al margen del valor en sí de la película, lo curioso de este premio es que contradice uno de los puntos del reglamento del festival en el que se dice que no podrá competir una película que haya sido estrenada fuera de su país de origen. Y "The glass house" está siendo exhibida en Inglaterra desde hace ya varias semanas. Se supone que los responsables de estas cuestiones no estaban suficientemente informados.

Y todo es, por supuesto, disculpable.

Olvidando esto hay que reconocer que la película de Tom Gries fue la única del Palmarés aplaudida unánimemente. (Al hablar de aplausos y pitidos me refiero siempre al segundo local en categoría del festival. En el primero, de etiqueta obligada, de ambiente elegante y distinguido, se protesta poco; en el segundo; camisa de manga corta, estudiantes y un resto de público pesados de no tener etiqueta para poder acudir al local más respetable, se es más intransigente y los aplausos y pateos tienen una vitalidad admirable). Y eso estuvo bien, aunque quizá, más dignamente, el gran premio, dada la pobreza del conjunto exhibido, tendría que haber quedado desierto. La película de Tom Gries es una crónica áspera, dura, amarga de la corta vida en la cárcel de un condenado injustamente. El ambiente sórdido de la prisión, de las relaciones entre los encarcelados y la postura personal del protagonista de la película permiten a Gries hacer una parábola política en la que se interroga a sí mismo sobre la necesidad y posibilidades de una intervención a tiempo. La película, que peca en ocasiones de una cierta ambigüedad, fue, sin embargo, en el contexto del festival, uno de los títulos más sólidos y definidos.

Aunque bien es cierto que podría decirse lo mismo de otra película, antagónica en la intención y sentido de la de Gries. "La polizia ringrazia", de Steno

(que firma ahora como Stefano Vanzina, seguramente porque considera que esta película es más seria que su larga lista anterior de films «humorísticos»), que también obtuvo un importante premio del festival, una Concha de Plata, es una apología fanática de algunos rígidos sistemas sociales que, aunque consiguen, al parecer, reprimir el delito, lo hacen a costa de incurrir en el mismo. "La polizia ringrazia", tiene, además, una gran trampa final por la que, en términos no muy precisos, se insinúa una nueva vertiente de la película en la que lo que parecía que era, no era, y lo que no, sí. El producto de Steno fue uno de los polémicos del festival, no tanto porque hubiese diversidad de opiniones como por la significación de la película en el panorama político italiano actual.

"Morbo", de Gonzalo Suárez, fue la proyección más pateada, insultada y despreciada del festival. A pesar de la reacción intransigente que la película soportó, se trata de un título que, muy lejos de la obra maestra, y hasta quizá de la simple buena película, posee una serie de valores interesantes. Lo que resulta difícil es verlo con calma en una sesión en la que el público no está dispuesto a aceptar casi nada de lo que pasa en la pantalla. La película tendría razones para merecer la reacción, por supuesto, porque el público no es tonto. Pero tampoco lo es Gonzalo Suárez, y su trayectoria cinematográfica es cuando menos

insólita. Al margen de los aciertos totales o parciales de sus películas (de "Morbo" hablaremos cuando se estrene, ya que habrá una posibilidad de discusión mayor y la copia que se exhibirá entonces estará igual de cortada que la que se ha mostrado en San Sebastián), el trabajo de Suárez es uno de los pocos que se preocupan en encontrar nuevas fórmulas de expresión para nuestro cine. Es probable que Gonzalo Suárez se esté equivocando rotundamente, pero, modestamente, creo que esa postura necesita una atención más matizada que el pateo casi «a priori».

Si bien la indignación producida por "Morbo" puede ser entendida en cuanto que la película tiene unos diálogos bastante difíciles de creer, algunas situaciones excesivamente morosas y reiterativas, el pateo que sufrió Ana Belén en la segunda sala del festival (en la primera, salvo "La polizia ringrazia" se aplaudió prácticamente todo) cuando el jurado le concedió una mención especial «por el talento de la actriz que ofrece mayores posibilidades para el porvenir» es, para mí, absolutamente incomprensible. Howard Hawks, presidente del jurado, decía que había actores y actrices de los que la cámara se enamoraba y que eran esos mitos cinematográficos creados a lo largo de los años y que son capaces de fascinar a todos los espectadores. Y, siguiendo en su teoría, defendió la mención de Ana Belén, porque insistía en que la actriz, al margen de un indudable talento interpretativo, posea esa magia fotogénica. De acuerdo o no con Howard Hawks (hay teorías que sólo pueden mantener quienes, como él, han conocido el mundo del cine en todos sus aspectos y casi en todas sus épocas), lo que sí es cierto es que Ana Belén, en toda su carrera, incluido "Morbo", se ha revelado como una de las escasas actrices españolas de auténtico valor.

Mucho más lógico, a mi juicio, el premio a Ana Belén que el concedido a Mia Farrow por su interpretación en la peor película del festival (a juzgar por la decisión del jurado de la Concha de Plomo) En "Follow me", de Carol Reed, versión cinematográfica implacablemente respetuosa de la obra teatral «El ojo público», Mia Farrow se limita a hacer de Mia Farrow, a utilizar su indudable encanto personal para pasearse por la pantalla, sin más motivo, durante casi dos horas de proyección. Lo que en descargo de la Farrow hay que decir es que, en esa película, era muy difícil hacer un trabajo inteligente y que, teniendo como

«La duda», de Rafael Gil.



SAN SEBASTIAN

oponente al histrónico Topol (recuerden ustedes, por favor, «El violinista en el tejado», y piensen que, por comparación, con "Follow me" era el actor más sobrio que he visto nunca), cualquier cosita que se hiciera ya estaba bien y hacer cualquier cosita era más que difícil.

Más justo el de Fernando Rey («ex aequo», nadie sabe por qué, con el de Topol) por su intervención en "La duda", de Rafael Gil, película cuya selección en un festival de cine que pretende tener cierto rigor es tan misteriosa como la del resto de las películas presentadas. Y es que Gil no sólo no pasa de ser un artesano sin pena ni gloria, sino que "La duda" es un folletín aburrido, monótono y simple. Pretender que esta película es una adaptación de «El abuelo» de Galdós es demasiado. Ciertamente es que se han respetado los diálogos de la pieza original (con lo que en ocasiones no se hace ningún favor ni a Galdós ni a la película, ya que son muy distintos los momentos de realización de ambas obras), pero se ha olvidado totalmente el sentido de cada una de las escenas que Galdós creara. En la película de Gil cualquier elemento puede ser cambiado por otro, cualquier escena puede transcurrir en un decorado diferente, con unos personajes o con otros. Da igual, porque no cambia en absoluto el sentido que Gil quiere darle. Aunque en muchos momentos pretenda acercarse a la «Tristana» de Buñuel, hay que aceptar que el ser Buñuel no se improvisa.

Queda, por último, de las películas premiadas, una cursi, rosa, blanda, finísima película de Jean-Claude Brialy, que lleva por título "Eglantine", que fue aplaudida discretamente por el respetable y por la crítica local, que decía que era una obra poética, tierna y dulce, y muy pateada por el público, que se supone que en estos casos no es nada respetable, que se aburrió como un enano y que utilizó por primera vez unos pitos sonoros que animaran la monotonía de la película. A la hora de los premios también hubo sus protestas. Pero como en situaciones de histeria colectiva (a las que el festival ayudó de manera admirable) no es posible un juicio equilibrado, habrá que esperar al inmediato estreno del film para volver sobre él. Temo, sin embargo, que la entrañable historia de los dos niños que se aman mucho y de su abuelita Eglantine que les ama todavía más y que al final se muere no va a cambiar radicalmente.

La gran olvidada del Palmarés fue la última película de Peckin-



«La polizia ringrazia», de Steno.

«The glass houses», de Tom Grieg.



pah, "Junior Bonner". Público decepcionado ante la inexistencia de fuertes escenas de violencia, ante una historia en la que aparentemente no pasa nada y que casi se limita a ser un documental sobre el mundo interno del rodeo. Sin embargo, "Junior Bonner" conecta perfectamente con el resto de la filmografía de Peckinpah («Perros de paja» aparte), en la que fundamentalmente se presenta a unos hombres superados por su edad, que nada pueden hacer por mantenerse en el puesto que ocuparon en su juventud, pero que no saben ni deben vivir olvidándose de él. La película de Peckinpah es, como siempre, una narración autobiográfica amarga, pesimista, en la que se expresa con indignación su odio irreprimible ante un mundo que no está estructurado para respetar al individuo y ante una vida que no está hecha para superar ese mundo. Peckinpah ha pulido su sentido físico de la violencia para expresar en el «no pasa nada» una violencia aún mayor. Aburrida para algunos quizá, es, sin embargo, una obra considerable.

Que no es una obra maestra como ninguna de las que se vieron a concurso en San Sebastián. Obra que representa sólo una pequeñísima parte de un cine que, a pesar de lo que se diga, se sigue haciendo. El problema de los festivales españoles (si de verdad tratan de ser un reflejo polémico y culturalmente válido del mundo del cine) es de criterios, de personas y de estructuras. Con una censura dura no se pueden hacer. Y si las películas que se ven en el festival luego no se proyectan para el resto de los españoles, entonces no se deben hacer. Con criterios poco vivos sobre los nuevos autores, las nuevas películas y los nuevos movimientos, mal se puede elegir hoy día. Y películas hay, como demuestra continuamente la Quincena de Realizadores, la Semana de la Crítica y bastantes de los festivales restantes del mundo. Si la cuestión es que los distribuidores y productores no quieren enviar sus películas a San Sebastián habrá que buscar razonablemente la clave del problema antes de hacer declaraciones fáciles y poco auténticas.

Pero si el destino del Festival de San Sebastián consiste exclusivamente en servir de adelanto de programación de temporada (con lo que los distribuidores, al presentar sus películas al festival, evitan unos impuestos), sería más modesto y real orientarlo como festivalito casero. Así se eliminarían muchos festejos y gastos inútiles y todo el mundo sabría mejor a qué atenerse. ■ D. G.